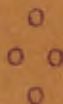


GFS-175-B

¡Que fró hace, tía!
(mecanografiado)

FEDERICO ROMERO Y GUILLERMO FERNANDEZ-SHAW.

¡QUE FRÍO HACE, TÍA!



¡QUE FRIO HACE, TIA!

Comedia musical en TRES ACTOS,
argumento, diálogo y cantables

de

FEDERICO ROMERO

y

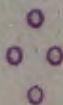
GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Música de

~~JESUS GURIDI~~

y

~~FRANCISCO SERRANO.~~



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

El argumento está contado en amplia sinopsis, pero sin detallar más que en algunos trozos como muestra de las aportaciones que pueden ofrecer a la dirección de la película los autores en aquellos pasajes que ahora no han querido desarrollar y que en parte dependen del estilo del director que realice la obra y de los artistas que la interpreten.

Comienza la película proyectándose sobre la pantalla las palabras ACTO PRIMERO. Ambas pertenecen, ya en tamaño reducido, al encabezamiento de la primera página de una opereta, cuyo título, Bajo la lluvia, se ve ahora encima de aquellas palabras. Aparece enseguida el conjunto de la página musical, colocada en el atril de un piano, ante el cual, una bella señorita, Maruja, está tocando.

Tras ellas unas amigas suyas cantan y llevan el compás con las cabezas. El número es rítmico. A alguna de las muchachas se le van los piés y baila en el salón que, decorado con pocos muebles, antiguos y de escaso gusto, acoge a estas señoritas. Un sofá con el asiento deteriorado, unas cuantas sillas, un cuadro viejo; otro, con la fachada de un edificio grande, pero vulgar y, encima, un letrero: "Balneario de Villa Acuática".

Ha seguido sonando el piano. Cruza el salón, entrando por una puerta y saliendo por otra, Kita, encantadora camarera del Balneario, que lleva en la mano un servicio de té. Kita, más que andar, baila al compás de la música. Cuando ha salido del salón y ha lle-

gado a la galería inmediata, tropieza con Roberto, que viene en dirección contraria. Como consecuencia del encontronazo, cae al suelo una taza, que se rompe. Roberto se deshace en excusas. Kita recoge los trozos y, sin dar importancia a lo ocurrido, sigue su camino, siempre con paso de baile.

Roberto entra en el salón. Es hombre de treinta años, de aspecto simpático, que viste un traje de corte elegante, pero deteriorado. Roberto coge al oído la frase musical que entonan las chicas y sigue cantándola con alegría y desenfado. Las muchachas, al darse cuenta de esto, van dejando de cantar poco a poco; y también Maruja deja de tocar el piano y exclama: "-¡Caballero!". Roberto interrumpe su canción. "-Perdonen ustedes, señoritas. ¿Es esta la Administración del Balneario? Risas y protestas de las muchachas. -"Ya decía yo, -comenta Roberto,- que esta era una Administración demasiado divertida." -"Pues no es esta, no". -"Ustedes perdonen. He debido fijarme. ¿Padecen ustedes del estómago?" -"¡No! ¡Qué disparate!" -"¡Mi madre!" - "¡Mi tía!" -"¡Mi abuela!" Nuevamente Roberto prorrumpe

en disculpas y, muy finamente, se despide. Las chicas lo ven marchar. Una comenta: - "¡Pues no tiene mala facha!". Maruja añade: - "Es un majadero". Vuelven al piano...

La galería de antes, un pasillo, una escalera, otra galería... Por ellos va Roberto en busca de la Administración. Va, vuelve, desanda el camino... Al fin ve un camarero de espaldas y le llama. El camarero acude y ambos quedan petrificados por la sorpresa. Antonio, el camarero, y Roberto, el recién llegado, se abrazan con viva emoción. Ambos son primos hermanos. - "¿Qué haces aquí?" - "¿Y tú?" - "Pues ya lo ves: de camarero" - "¿De camarero, tú; el heredero de Doña Berenguela de Guzmán y Farfán de los Godos?" - "Pues, ¿y tú? ¿El otro sobrino de nuestra queridísima tía? ¡Con el pantaloncito que traes!" - "Convengamos en que los dos somos un poco golfos. Pero, ¿cómo has llegado a ser camarero?" - "¡Qué quieres, chico! La tía no me daba un cuarto". - "Ni a mí". - "...Y aquí me he venido después de liquidar lo poco que me quedaba. Estoy con mi novia: ¡los dos, de camareros!" - "Y, ¿quién es tu no-

via?" -"Kita. ¡Kita Ponte! ¿No la recuerdas?"
 -"¿Kita y Ponte? No caigo." -"Sí, hombre! Una
 bailarina de Celia Gamez. ¡Me voy a casar con
 ella! La cuestión es comer. ¿Y tú?" - "Pues
 yo... eso: comer. Aún no me he desayunado.
 Vengo también a ver si me dejan trabajar."
 -"¿De camarero?" -"No. Yo no sirvo para eso.
 A los treinta años, sólo sé cantar un poqui-
 to, bailar un poquito y hacer unos juegos de
 manos. Como, si me presento en un teatro la
 tía Berenguela me deshereda, hago pequeñas
 exhibiciones en los pueblos, en los balnea-
 rios"... -"¡Oh! Aquí, el Administrador es un
 hueso". -"Yo me conformo con que me dé el hos-
 pedaje." "-No sé, no sé..."

El interior del despacho de la Adminis-
 tración. Oficina algo sórdida. Ante su mesa,
 el Administrador, viejo y con gafas, escribe;
 en otra mesa trabaja un joven dependiente;
 más allá teclea una mecanógrafa. En un panneau
 este cartel: "Balneario de Villa Acuática.
 Aguas cloroborosódicas. Sin rival para el es-
 tómago, el hígado, el riñón, los intestinos,
 el páncreas, etc.". El Administrador tiene en
 la mano un billete de cinco duros, que se lle-

va a la nariz con gesto de repugnancia. -"A qué huele esto, señorita?" -"Es el cambio del pescadero". -"Pero esto no se puede admitir. ¡Huele a sardinas! ¿Qué diré la clientela!" El Administrador deja en sitio bien destacado el billetito y continúa indignado, regañando a sus dependientes, que le oyen con temor, sobrecogidos. Cuando el enfado es mayor, se abre la puerta de la habitación y aparece, sonriente, la cara de Roberto, que pide permiso para entrar. Penetra, en efecto, y se dirige al muchacho. -"¿Es usted el Administrador?" -"No. Es aquel señor. ¡Oiga, Don Clodoaldo!" El Administrador levanta la vista, inicia una sonrisa forzada y dice: -"Enseguida soy con usted, caballero". Y sigue escribiendo. Roberto hace un pequeño saludo y se dedica a curiosear la estancia. Mira a la mecanógrafa que, al darse cuenta, se ruboriza y se pone a escribir afanosamente. Mira luego a las paredes y lee el cartel, deletreando las palabras: "aguas cloroborosódicas". El Administrador le hace un gesto indicándole que ya puede escucharle; pero Roberto, no lo ve y sigue leyendo el cartel, hasta que el

dependiente se le acerca y le dice: -"Ya le puede atender Don Clodoaldo". -"¡Ah! Muchas gracias!" El Administrador, al acercarse Roberto, le pregunta: -"¿Usted padece del estómago?" -"No, señor. Yo en el estómago no tengo nada; absolutamente nada". -"¿En el riñón, en el hígado?" -"Tampoco. Yo no soy un enfermo. ¡Soy un artista! Vengo a trabajar..." -"¡Ah, vamos!" El rostro del Administrador, que había comenzado siendo de adulación, se transforma, con un gesto de desprecio... "¡Yo le explicaré, Don Cloroboroaldo", dice Roberto.

Una escena del manantial, donde se toma el agua. Se ven, rápidamente, varios grupos de bañistas. Presentación de Doña Chucha, señora de unos 60 años, que sufre dolores de estómago y que hace mil remilgos y melindres mientras bebe. Se ve que es una parvenue: basta y muy recargada de adornos y joyas. Junto a ella, Maruja aparece un poco cohibida. -"¡Ay, tía, no hagas esos gestos, que todo el mundo te mira!" -"¡No me puedo acostumbrar a la idea de que un vaso de agua, tan sucia y tan fea, cueste tan caro!" Nuevos "esperrenques"

de Doña Chucha y risas de algunas personas que, desde lejos, la observan.

Otra vez el despacho del Administrador, Este exclama: -"Bueno, me ha convencido usted. Daremos a su trabajo el mayor aire posible. Pero, el hospedaje ha de ser por su cuenta." Roberto se sorprende un poco; sin embargo, reacciona inmediatamente: -"¡No será muy caro!" -"No. Comiendo en el comedor de tercera, veinticuatro pesetas diarias." -"Muy bien. En cuanto me vea el público trabajar, tendré de sobra". -"Le advierto que aquí la gente no es espléndida". -"Pero un artista de mis condiciones no viene todos los días". El Administrador agrega:- "Solo falta ya un pequeño detalle: ha de pagar usted un día adelantado." -"¡Hombre!" -"¡Qué quiere usted! La experiencia de otros notables artistas..." Roberto busca y rebusca en sus bolsillos. Saca dos monedas. -"Solo tengo aquí quince céntimos. Pero en el equipaje... Ahí en el hall... ¡Enseguida vuelvo!" Roberto sale de la Administración.

En el pasillo donde antes se encontraron Antonio y Roberto, se halla ahora aquel,

en cuclillas, recogiendo los trozos de un plato roto. Al otro lado de los restos de loza se ve ahora, de rodillas en el suelo, a Kita, colocando todo en una bandeja. Ambos, antes de ponerse de pié, se dan un beso. Kita se marcha rápidamente, siempre con sus pasos de baile. Esta escena ha sido sorprendida, desde el otro extremo del pasillo, por Roberto, que avanza hacia Antonio en cuanto éste se ha quedado solo. -"¿Es esta tu novia?" -"Kita. ¿La conocías?" -"Un poco. De vista". -"Te advierto que es una infeliz. Incapaz de..". -"Todo lo que quieras; pero no me digas que en su vida ha roto un plato. Bueno: ya he visto al Administrador." -"¿Y qué?" -"Por lo que más quieras, Antonio, dame cinco duros." -"¡Sí, hombre! Encantado." Antonio busca en sus bolsillos y sólo encuentra unas monedas. -"Pues no tengo más que treinta céntimos". -"¿Y me voy a tener que ir de aquí?" -"¡No te preocupes! Voy a hacer un vale".

Nuevamente en la Administración. Allí está Antonio, firmando en un papel. El Administrador le dice: -"Me alegro que haya venido usted, para comunicarle que la Direc-

ción ha decidido prescindir de los servicios de la señorita Ponte". Indignación de Antonio. -"¿Qué ha hecho Kita?" Voz del Administrador, mientras que, en el ante-comedor, repone rápidamente Kita, en su bandeja, todo un servicio de té: -"Nos está dejando sin vajilla." Antonio, muy digno, replica: -"Si se va esa señorita, me voy yo también". -"Usted no puede irse porque tiene un contrato. ¿Quiere el dinero a cuenta del mes, o no?" Muy digno, Antonio, entrega su vale. El Administrador coge con la punta de los dedos el billete que dejó en lugar aparte y se lo entrega a Antonio que, después de mirarlo y remirarlo, se lo guarda en su cartera.

-"Toma, dice Antonio a su primo, que le esperaba en el pasillo. No sé cómo me contuve para no contestar a ese tío idiota: ¡Pues no ha despedido a Kita!" Entrega el billete a Roberto, que este conserva entre las manos. Y sigue hablando Antonio: -"Como se empeñe, yo la armo. ¿No te parece?". Roberto se lleva el billete a la nariz, hace un gesto y exclama: -"A mí esto me huele muy mal". Pero reacciona enseguida y agrega: -"Tu verás:

esta noche me hago el amo del Balneario y lo arreglo todo." Guarda su billete y se dirige a la Administración, donde Don Clodualdo se pasea dictando una carta. Roberto, con gesto de gran señor, exclama: -"Vengo a pagar mi cuenta adelantada". Da el billete al Administrador. Este mira el papel, lo huele, pone una cara inefable y termina por decir: "¿Qué billete es éste?" -¿Ese? Un billete. ¿Lo conoce usted?" -"¡Que si lo conozco!" Roberto se da cuenta de lo ocurrido y explica: -"Es del cambio que me ha traído un camarero. Mil pesetas le dí para que me cambiara"...

Texto de un contrato, con cláusulas breves, estipulado entre la Dirección del Balneario y Antonio de Guzmán. Antonio, en un rincón del comedor, lee su contrato en el que se especifica que prestará servicio durante todo el verano y sólo podrá ser despedido por faltas de mala conducta. A Antonio se le ilumina el rostro cuando lee esto último.

Interior de la habitación que ocupan, en el Balneario, Doña Chucha y su sobrina Maruja. Ambas se arreglan para la comida de la noche. -"¡Si tu tío levantara la cabeza y

nos viese derrochando de este modo!" -"Si el tío viviese, no comeríamos en el comedor de tercera, como unos vergonzantes". -"¡Quéjate! En Cuba nos hemos pasado muchos días tu tío y yo con un tomate y un panecillo". -"¡Y así hicieron ustedes la bolsa que hicieron!" -

-"¡Así! Pues, claro. No tirándolo todo, como queréis las niñas de ahora. Toma: guárdalo en la maleta: el terrón de azúcar del desayuno." -

-"Pero, tía..." -"Cuando volvamos a casa, tengo un kilo lo menos". Interrumpe el diálogo un gran estrépito de loza y cristal que se rompe. Acude Maruja a la puerta, que abre. En la galería, hay una camarera vieja, a la que se le ha caído el servicio. Cara de espanto de la pobre mujer que, al oír que se abre la puerta, escapa corriendo. Por la galería viene el Administrador. Llega ante el lugar de la catástrofe. Ve, con horror, lo sucedido y exclama para sí: -"¡Esa chica! ¡Esa chica! ¡De hoy no pasa!".

El comedor de tercera de Villa Acuática. Rápida visión de conjunto del comedor. Tipos modestos y cursis. En una mesa, Doña Chucha y Maruja. En otras, diferentes madres, tías

o abuelas con chicas jóvenes. Entra Roberto, que se detiene a saludar, -cerca de la mesa de Doña Chucha,- a una de las señoritas de la primera escena. Luego pasa a una mesa pequeña, donde lee el menu.

Antonio y otro camarero sirven la comida. (El comedor es grande; pero feo y destaralado). Antonio, en la mesa de Doña Chucha y en otras, se dedica a desacreditar el establecimiento. Cuando la gente pregunta por la comida de esta noche, dice confidencialmente a unos y a otros, que la merluza está pasada, la carne cruda, la manteca rancia y la fruta podrida. Con esto se producen dos consecuencias: la comida que se dejan los huéspedes sin comer se la pasa Antonio a su primo, que "se hincha"; las quejas por la mala comida menudean y hay algunos huéspedes que se quejan ante el propio Don Clodoaldo, tomando como base las mismas confesiones del camarero. La bronca que echa el administrador a Antonio es épica. -"Pues despídame usted!", replica éste imperturbable; y, cuanto más se exalta Don Clodoaldo, más repite Antonio su frase, esgrimiendo en la mano su contrato.

El mismo salón de la primera escena, después de la comida. Los huéspedes se acomodan en sillas y butacas para presenciar el trabajo de Roberto, colocado ante dos cortinas, que han sido corridas entre el salón y una galería que cruza por detrás. Roberto hace sencillos juegos de manos con una baraja. Se trata de una simple adivinación de cartas, que deja absortas a las señoras y señoritas de la reunión. Sobre una mesita está la baraja. Roberto toma con la mano derecha un número cualquiera de cartas, que conserva, boca abajo, entre el pulgar y los otros dedos. Extiende inmediatamente el brazo derecho ante el público, mostrando el anverso de la primera carta, que él no puede haber visto. Y, sin la menor duda, exclama inmediatamente: -"¡El tres de copas! ¡El rey de espadas! etc." El ingenuo público aplaude, sin darse cuenta del inocente truco, que Antonio, situado cerca de Roberto, descubre enseguida: enfrente del artista, -o sea a la espalda del público,- hay un gran espejo, colgado de la pared; y en él va viendo Roberto, tranquilamente, una y otra carta.

Otro número del programa consiste en ensartar Roberto con una espada la flor que Antonio, desde lejos, le tira. El truco obtiene pleno éxito y se repite. Entonces podemos ver que la realidad es que no hay tal flor ensartada, sino un sencillito, -y rapidísimo- cambio de espadas, merced al auxilio de un Botones, colocado detrás de la abertura de las cortinas, -ya en la galería,- el cual es el encargado de dar a Roberto la espada que tiene ya la flor y quedarse, al propio tiempo, con la otra. El juego lo hacen aprovechando el momento en que Antonio llama la atención del público con la flor que va a arrojar (y que luego, naturalmente, en vez de tirar, oculta). La segunda prueba obtiene aún mayor éxito que la primera. El salón hierve en comentarios; las muchachas charlan entre sí. Doña Chucha es todo espavientos; Maruja, en cambio, permanece impassible. Durante este intervalo, el Administrador pasa por la galería, detrás de la cortina, donde está el Botones esgrimiendo otra vez la espada de la flor. -"¿Qué haces tú? ¡Largo de aquí!" Y, sin esperar la contestación del chico, le dá

un pescozón y luego un puntapié; contundentes argumentos que hacen que el Botones salga corriendo. Roberto, en tanto, con la espada desnuda, agradece las insistentes muestras de agrado de la concurrencia, que pide ver el experimento por tercera vez. Y, como Roberto es hombre amable, se dispone a tripitir la prueba. Pero el fracaso es ahora morrocotudo, porque en vano se esfuerza nuestro héroe en cambiar la espada... hasta que llega un momento en que el público se dá cuenta y prorrumpe en risas y en intencionadas miradas de compasión. Pero Roberto domina la situación. Reconoce que la flor se evapora en el camino, por el calor. -"Y qué?" -añade-. Esta no es mi especialidad. Lo mío es el canto. ¿Queréis que cante el fox titulado "Ya no me duelen las muelas"? Grandes muestras de aprobación. Roberto sigue: "Sólo necesito un pianista, que me acompañe. ¡Están tan conocido el fox! ¿No hay un distinguido caballero o una bella señorita que tenga esa amabilidad?" Nadie se mueve. Algunas amigas hacen a Maruja indicaciones, que ella rechaza. Roberto, que lo observa, continúa, re-

firiéndose a Maruja: -"Esta señorita del lazo azul es una artista consumada". Ella protesta. El sigue: -"¡Oh! Sí, sí. Me constan su arte y su buen gusto". Y, con estos y otros piropos, la compromete, pasando Maruja, a su pesar, al piano del salón, desde el cual acompaña, de memoria, el fox que Roberto canta. Terminado el número, entre aplausos, Roberto pasa el guante. Algunos espectadores se van; otros ponen mala cara. Hay uno que dá diez céntimos; otro, quince; Doña Chucha, cuando le corresponde su turno, entrega una perra chica. Al terminar la colecta, Roberto cuenta lo recaudado: dos pesetas con ochenta céntimos. Dada un instante, va hacia las cortinas, se detiene, vuélvese y, ya con decisión, se dirige a Maruja y le dice: "-Tocamos a una cuarenta"-; e intenta darla la mitad de lo recogido. Ella se indigna. -"¿Por quién me ha tomado usted?" -"Perdón, señorita. Es que he supuesto que está usted muy necesitada, porque su bondadosa tía sólo me dió cinco céntimos." Enseguida, agrega Roberto: -"Respetable público: me hallo tan agradecido a sus bondades y a su generosidad, que estoy

dispuesto a repetir el número". -"No será conmigo", contesta Maruja que se ha puesto de pié, va en busca de su tía y, a poco, desaparece con ella del salón. -"Lo lamento, señorita; pero advierto al distinguido público que, cuando yo canto, nunca me falta acompañamiento. Voy a repetir el número; pero no en tiempo de fox, sino en tiempo de marcha". Y vuelve a cantar el fox, en el mismo tiempo que antes. Primero se pasea y, cuando ya todos los presentes empiezan a corearle, se marcha del salón, seguido de todos los circunstantes, que no cesan de cantar. El se interrumpe un instante y dice: -"¿Tengo, o no tengo acompañamiento?" Y sigue andando y cantando sin abandonar el ritmo, que guardan también todos los que van detrás. Recorren una galería, suben una escalera, llegan a otra galería, donde se hallan las puertas, todas iguales, de diferentes habitaciones. Al llegar ante una puerta, Roberto la abre, hace un gesto, mitad saludo y mitad amenaza, y se mete en su cuarto. Los demás, sin dejar de tararear, se van distribuyendo por pasillos y galerías hasta que van entrando

también en sus habitaciones. En el interior de la suya, Roberto comienza a desnudarse, silbando el número. Una serie de cambios de planos permite advertir que todo el Balneario, -los huéspedes en sus cuartos, las camareras sobre el balaustre de la terraza, los cocineros y pinches en sus menesteres y hasta el Administrador en su oficina, -baila, canta o silba el fox, que termina Roberto al meterse, ya con el pyjama puesto, en la cama.

Detalle principalísimo de toda la actuación de Roberto, ha sido la intervención de un señor gordo que, aquejado de un fuerte dolor de muelas, que denota el pañuelo con que lleva cubierto un carrillo, hace al principio gestos doloridos, luego se ríe cuando los demás concurrentes, vuelve a sufrir pinchazos horriblos en su flemón y finalmente corea, como todos, el "fox" y acaba metiéndose en su cuarto, quitándose el pañuelo y cantando el estribillo jubilosamente: "Ya no le duelen las muelas."

El departamento de electricidad del Balneario. El cuadro de luz. Un reloj, en la pared, que marca las 12 menos 10 minutos. Senta-

do en una silla, un empleado de cierta edad, leyendo una novela. Pasa por delante del cuarto del Administrador. -"¿Qué hace usted ahí? Ya es la hora... ¡y la luz gastando!" -"Faltan diez minutos, señor". -"¿Cómo?" Don Cloodaldo mira el reloj, comprueba con el suyo que saca del chaleco y comenta: -"Es que voy adelantado".

En el interior de la habitación de Doña Chucha y Maruja están ambas acostadas. Para mayor economía duermen las dos en una sola cama. De pronto, Maruja se incorpora. -"¿Qué sed tengo, tía!" -"Pues bebe, hija, que el agua no cuesta". Maruja se encuentra con que el verre d'eau de la mesilla de noche está vacío. Se levanta entonces, luciendo un primoroso pyjama, y mira el lavabo, que no tiene grifo, pues es un modesto palanganero. -"Voy a buscarla al comedor", dice entonces. -"Echate el abrigo", le recomienda su tía. Y, efectivamente, Maruja se pone, sobre los hombros, su abrigo de piel, que recoge de una butaquita inmediata a la puerta y, con el verre d'eau en la mano, sale a la galería, recorre ésta, baja la escalera y se encamina al comedor que ya conocemos, donde llena de agua

la botella, no sin antes haber bebido ella en el vaso. Vuelve enseguida sobre sus pasos y va hasta la escalera, que comienza a subir. En este momento vemos el reloj del departamento de electricidad que marca las 12 en punto. Suenan las campanadas. El empleado se levanta pausadamente y corta el interruptor. La obscuridad más completa ha invadido el edificio. Poco a poco, entre las tinieblas, se advina la sombra de Maruja que, cogida al pasamanos, va subiendo la escalera. Al llegar al piso primero, enfila la galería, merced a un breve resplandor de luna, que permite observar su rostro un poco desconcertado. Se pierde su silueta en la obscuridad de la galería.

En medio de las sombras, se advierte una puerta que se abre; una débil claridad que entra por una ventana permite precisar los muebles de una habitación igual a la de Doña Chucha; pero, al abrirse la puerta y aparecer la silueta de Maruja, quien se incorpora en la cama es Roberto. Ella avanza a tientas por el cuarto; deja el verre d'eau en la mesilla de noche, se quita el abrigo que coloca en un silloncito, cerca de la

puerta y, vuélvese luego hacia la cama. -"Ya estoy aquí", dice la voz de Maruja. Roberto se tumba de nuevo, sin decir palabra. Ella se mete en la cama y, al arrojarse exclama: -"¡Qué frío hace, tía!" Entonces la voz grave de Roberto contesta: -"No tanto: ¡No tanto!" Un pequeño chillido y Maruja, que salta de la cama, coge apresuradamente el abrigo y sale despavorida a la galería. A tientas y desconcertada, abre equivocadamente dos o tres puertas más., siendo recibida una vez por un señor malhumorado, otra por unas chicas que están aún levantadas, etc. hasta que al fin llega a su cuarto, donde la espera su tía sentada en la cama. -"¿Qué te ha sucedido?" -"¡Horrible! ¡Espantoso! Tenemos que marcharnos de aquí mañana mismo". -"Pero, ¿qué dices?"...

Las 6 de la mañana en el reloj del departamento de electricidad. Maruja, ya vestida, habla con un empleado y le comunica que ella y su tía se van en el auto de las 7. El empleado tiene que despertar a Don Cloydaldo, que se levanta de muy mal humor para hacer la factura de las viajeras. -"¡Eso se av

avisa!" Escena de Doña Chucha y su sobrina cerrando maletas y dándose los últimos toques.

Por una galería, Kita con un maletín. Va gimoteando, pero con sus pequeños pasos de baile. Detrás, Antonio con cara de sueño y, en la mano, una jaula pequeña con un grillo.

En la Administración, discusión de Doña Chucha con Don Clodoaldo, protestando por la carestía de la cuenta.

Salida del autobús de Villa Acuática. Doña Chucha y Maruja se acomodan las primeras. Suben al coche otras personas. Tierna despedida de Kita y Antonio: -"¡Espérame en Siberia, vida mía! Toma este grillo, para que te acuerdes de mí"... Se besan. Arranca el auto. Escena en el interior del coche en marcha. "El caso es, -dice Doña Chucha,- que yo tengo que tomar otras aguas, porque... ¡estos dolores de estómago!" -"Pues vamos,- responde Maruja, -adonde debimos ir desde el principio. ¡Vamos a Mondariz!". A Kita, que oye este diálogo se le anima el semblante. -"¡Uy! ¡Mondariz! ¡Qué ilusión! ¿Ustedes creen que en Mon-

dariz admitirían camareras coreográficas?" Un pollo, que va enfrente de Kita, sonríe. Ella coquetea levemente; el grillo canta y Kita lo coge y pone una cara muy seria.

Por un pasillo del Balneario, Antonio lleva en una bandeja, el servicio de un desayuno. Anda con los mismos pasos de baile que Kita, en la que, sin duda, -lo delatan sus ojos,- va pensando. Al volver una esquina, tropieza con el mismo Administrador, cayendo al suelo todo el servicio. Caras indefinibles de uno y otro, que quedan mirándose.

Investigaciones de Roberto para averiguar quién es la chica que entró en su cuarto la noche pasada. En cuanto que ve a una señorita con una posible tía, se acerca a ella para preguntarle cualquier futesa. La chica le responde con naturalidad y él se aleja diciendo: -"Muy simpática, pero no es su voz". Paralelamente, hace también Roberto otras averiguaciones en el comedor. Allí, al mediodía, le piden que repita por la noche la exhibición del día precedente. El señor gordo de las doloridas muelas le da cinco duros para que no deje de actuar, porque de noche es cuando más

le aqueja su padecimiento y la piececita que canta Roberto es el único específico que ha encontrado capaz de aliviarle por completo. Roberto toma el billete para asegurarse un día más de permanencia.- Cuando los comensales entran a comer, Roberto echa de menos a Maruja: -"La pianista, por lo visto, se enfadó conmigo y se ha cambiado de comedor. Y, a lo mejor, se ha ido por no verme".- En este momento, aparece Antonio, con una cuenta, al lado de Roberto, y asegura: "-Se ha ido esta mañana". -"¿Cómo? ¿Que se fué esta mañana? ¿La viste tú?" -"La despedí yo. Puso toda su alma en aquel beso." -"¿Es que te dió un beso?" -"¡Y yo a ella! ¡Es adorable mi Kita!" -"¡Ah! Hablabas de tu novia". -"Pues claro. ¿De quién creías?" - "De la señorita del lazo azul". -"¿La señorita Maruja? También se fué esta mañana. Con su tía". -"¡No me digas más!".

El comedor ha quedado casi vacío. Los camareros se ocupan en recoger en grandes bandejas los vasos y platos que están aún sobre las mesas. Antonio toma la suya, llena de cosas. El peso es grande y la coloca-

ción, por lo visto, deficiente. El caso es que todo se viene a tierra con formidable estrépito. Y Antonio, que al querer guardar el equilibrio, tropezó con una mesa, ha caído también al suelo y mira con gesto inexpresivo el resultado de la catástrofe.

Roberto en su cuarto hace su equipaje, que consiste en la baraja, las flores de tela, las dos espadas y un pequeñísimo envoltorio con el pyjama y unas zapatillas. Luego, en una galería, se encuentra el señor gorédo, desesperado porque le duelen de nuevo las muelas. "Me voy con usted de paseo y, allá en el campo, si me hace el favor..." -"Caballero: yo no voy al campo: voy al mundo". -"¿Cómo? ¿Se marcha usted?" -"Acabo de recibir un telegrama contratándome para la Scala de Milán. -"¡Joven, por Dios!... (Reteniéndole de un brazo).- "Caballero: ¡La Scala!" -"¿Y se irá usted sin que escuche de nuevo el maravilloso analgésico?". -"¡Ah, el fox? Para eso no necesitamos hacer "camping". Verá usted..." Y ataca nuevamente el fox, primero al oído del señor; después sin abandonar el ritmo, -cantado o silbado,- va a su

cuarto seguido siempre por el mismo caballero y recoge el sucinto equipaje; se despide de cuantas personas halla al paso y se mete en el autobús. Tras él se sube, con una maleta, Antonio. El cierre de la portezuela del coche marca el final del número. El señor, desde la acera, saluda muy satisfecho, en señal de despedida.

Escenas en La Toja, (el tercer o cuarto Balneario que han recorrido) en donde Antonio solicita en vano un puesto de camarero y a cuyo conserje preguntan si se hallan allí una tía y una sobrina de tales y cuales señas. Antonio recuerda que Doña Chucha se llama la "señora viuda de Fernández". Allí no hay ninguna señora viuda de Fernandez, ni señora y señorita cuyas señas correspondan a las que ellos dán. Roberto propone entonces una exhibición de sus habilidades. -"No puede ser", dice muy amable el conserje.- Hay esta noche función de ópera. Ha venido una excelente compañía que cantará Aída. Mañana, Favorita. Estarán tres días. Después, si acaso." Roberto y Antonio se miran. Aquel dice: -"No. No puedo. Compromisos ineludibles.". Pasa por

allí la "compañía de ópera". Son tres elementos de tipo bohemio.

En un banco de los jardines, los dos amigos, sentados, hacen balance económico. Roberto no tiene un cuarto. A Antonio le quedan cuatro duros. ¿Qué hacen dos personas con cuatro duros por todo porvenir? Roberto tiene una idea: van a la Oficina de Telégrafos y cursan diez o doce despachos a otros tantos Balnearios de aguas para el estómago, dirigidos a nombre de "Chucha Fernández", Todo es cuestión de tener un poco de paciencia, paseando por aquellos bellísimos parajes. A las pocas horas, todos los Balnearios, menos uno, han dado por desconocida a Chucha, Fernández. El único que ha admitido el telegrama es Mondariz. -"¡No cabe duda! En Mondariz está mi salvación", exclama gozoso Roberto. "Sí, Pero, ¿y la mía? ¿Dónde estará Kita?".

Como ambos se han quedado sin dinero, deciden ir a Mondariz andando. ¡Está muy cerca! Por la carretera caminan los dos amigos; al principio, muy decididos; luego, cansados. Preguntan si falta mucho para llegar a un paisano. Este sonríe y dice: -"Unos die-

cisiete kilómetros!". Otro labriego, al ver sus equipajes, les toma por un torero y su mozo de espadas.

Comienza a sonar el "eri-cri" de un grillo. Esto emociona a Antonio. Y por los prados que bordean la carretera comienzan ambos primos a buscar el grillo, cuyo canto sigue sonando con insistencia.

El canto del grillo continúa. Pero ya el que chilla es el que, encerrado en su jaulita, está colgado en una habitación que aún no vemos. Lo único que vemos, ocupando la anchura de la pantalla, es un letrero: ACTO SEGUNDO. Corresponden ambas palabras, ya reducidas a un ejemplar de una publicación de teatros que está leyendo, sentada en una silla, Kita. Se levanta esta, coge la jaula y le hace fiestas al grillo. La habitación es modesta, pero muy limpia y alegre.

Un salón del Balneario de Mondariz, concurrido por distinguidos agüistas. Entre ellos figura una señora de unos cincuenta años, muy presumida, que conserva aún rasgos de una belleza que comenzó a marchitarse. Esta señora que, como se verá más tarde, es Doña Be-

renguela, usa impertinentes para ver a las personas que pasan: los jóvenes le llaman especialmente la atención; pero los que se acercan a ella son cotorrones, que la adulan. El salón es magnífico; reproducción del auténtico del Balneario.

Exterior del establecimiento de Mondariz. Llegan a él Roberto y Antonio, muy fatigados. Se presentan modestamente y son acogidos con extraordinaria amabilidad por el Administrador; tipo joven y simpático, en contraste con el de Villa Acuática. -"No hay vacantes de camarero,- le dice a Antonio;- ¡pero no faltaba más! Usted presta servicio desde hoy". Y, dirigiéndose a Roberto: -"¿Y, usted?" -"Yo soy un artista, pero no para un Balneario de esta categoría". -"¡Pues ya lo creo! Sólo con esa figura y con esa cara tendrá usted un éxito, no lo dude. Usted aquí trabaja; y nosotros, honradísimos." -"Temo no estar en condiciones". -"¿Qué teme? ¿Que se rían de usted? ¡Si precisamente ahora lo que quiere la gente es reírse." Encantados con la acogida dispensada, ambos primos deciden quedarse en Mondariz.

Primera sorpresa: encuentro de Antonio con Kita. Júbilo de ambos. Segunda sorpresa: la de Maruja al ver a Roberto; pero como ella en realidad ignora con quien le ocurrió la aventura de Villa Acuática y sabe que Roberto va de Balneario en Balneario, no se muestra extrañada al encontrarle y solamente comenta con su tía: -"¡Vamos! Ya está aquí este títere!" El saluda a tía y sobrina. Ella le dice con intención: "Le advierto que aquí hay una magnífica orquesta".

Esa noche en Mondariz no hay fiesta. La orquesta toca en el gran comedor mientras que la gente come.

Roberto y Antonio, en una habitación, sacan de la abierta maleta del segundo un traje de smocking. -"Menos mal que tenías dos. Pero me ha dicho el encargado del hotel que es imprescindible." Antonio, que ya está vestido de smocking, deja a su primo para ir a servir la mesa.

En el comedor, todo el mundo de etiqueta. Las señoras, elegantemente ataviadas, lucen espléndidas joyas. Ante una mesa, Doña Berenguela, con otro traje, come y, de cuando en

cuando coquetea con los cotorrones que se acercan a saludarla. Al alejarse uno de éstos, quiere seguirle con la vista y busca sus impertinentes, pero no los encuentra. -"¡Los dejé en el cuarto!", suspira melancólica.

Antonio viene sirviendo uno de los platos. Cuando se acerca a la mesa de Doña Berenguela, se dá cuenta de que allí está su tía. Del salto que dá se le cae parte de lo que lleva en la fuente. Se vuelve rápidamente, sin servir, y no para hasta el office, donde se encuentra con Kita, a quien refiere el apuro en que se halla. -"¡Es la tía Berenguela! ¿Tú lo comprendes? Como me vea de camarero, me deshereda." Llega, en tanto, el Maitre, extrañado de la huída de Antonio. Quiere obligarle a volver al comedor; y él se horroriza. Kita resuelve la situación. -"Es que se ha puesto enfermo." -"¿Qué tiene?" -"Creo que un ataque de berenguelitis. Pero no se apure usted: yo le sustituyo." Y, en efecto, Kita, siempre con su modo característico de andar, pasa con la fuente al comedor.

La orquestina ha comenzado su concierto, amenizando la comida. Roberto, que no se ha enterado del incidente ocurrido a Antonio e ignora por tanto que en Mondariz esté su tía, espera, en estancia inmediata al comedor el momento de salir a cantar con la orquesta. El smocking de su primo le está corto y, al mismo tiempo, ancho. Por eso su figura resulta un poco ridícula cuando se presenta ante el público. Este le recibe con sonrisitas y comentarios de broma. Ataca un nuevo número la orquesta; Roberto canta con ella, pero como su voz es pequeña, le tapa la orquesta y apenas si le oyen los comensales. Mueve la boca, gesticula, acciona; pero nadie se entera de lo que canta. En vano Doña Berenguela intenta ver al cantor. Entonces, manda a Kita a su habitación en busca de los impertinentes. Distintos momentos de la canción; de los rostros de los huéspedes pugnando por oír, y de la cara interrogante de Doña Berenguela, que ni ve ni oye, ni entiende. Coincide la llegada de Kita, portadora de los impertinentes, con la terminación del número. Nadie aplaude. Entonces Roberto dice con gran naturalidad:

-"Señores: es la primera vez que canto y que no rompo el distinguido público en una enorme ovación." Suenan entonces muchos aplausos y comentarios expresivos: -"¡Pues es gracioso! ¡Qué fresco! ¡Qué simpático!" Doña Berenguela, a quien el timbre de la voz ha extrañado ahora, se aplica los impertinentes, mira hacia Roberto, da un grito y cae medio desmayada en brazos de Kita, que acude a auxiliarla. Roberto ve entonces a su tía; se sobrepone a la sorpresa y exclama, dominando la situación: -"Señores: yo no soy un cantante. Soy Roberto de Mendoza y Guzmán, sobrino de la señora condesa de la Alameda. Y como sabía que hoy cumplía los veintiocho años... (Doña Berenguela, que ya había abierto los ojos, se incorpora, halagada)... he venido a felicitarla. Y se me ha ocurrido esta ingénua estratagema para sorprenderla cariñosamente." Y corre, lleno de efusión, hacia Doña Berenguela, en cuyos brazos cae. La señora no tiene más remedio que aceptar la situación; y, en cuanto se ha repuesto, explica a las personas de su alrededor la grata sorpresa que ha tenido con la broma de tan buen gusto, de

su sobrino. El incidente ha producido sensación entre los comensales. En la mesa de Doña Chucha y Maruja hay también sus comentarios. La propia Maruja comenta: -"No está tan mal este chico".

Mientras tanto Kita, ha corrido en busca de Antonio: -"¡Estamos salvados! Tu tía está carifiosísima con Roberto. Preséntate tú ahora". -"De ninguna manera. El segundo hallazgo de un sobrino no hay quien se lo crea." Sin embargo, tanto le ruega la novia que Antonio se acerca a la mesa donde ya come Roberto con Doña Berenguela. Han terminado (o terminan) de tomar unos lenguados al gratin y Antonio se dispone a cambiarles los platos para servirles los tournedos que ha traído en una fuente y ha dejado en una mesa supletoria o en un aparador inmediato. Cuando la señora reconoce en el camarero a su otro sobrino, está a punto de sufrir otro desmayo; pero se impone el disimulo y, mientras que él cambia los platos, hablan entre sí afectando la mayor naturalidad. -"Sé que tienes una novia inaceptable; que eres un perdido; y eso yo no lo puedo aparar. Cuando ha-

yas dejado esos amoríos nefandos, te perdonaré." -"Pues yo no dejo a mi adorada Kita". -"Es increíble". Antonio mira sin responder a su tía y se va en busca de los tournedos, de los que se sirven Doña Berenguela y Roberto. Entonces la tía insiste: -"¿Es tu última palabra?" -"¡La última!". -"¡Qué bochorno para un descendiente de Guzmán el Bueno! Seguirás siendo camarero toda tu vida." Antonio se impresiona y dice con acento patético. -"¿Un descendiente de Guzmán el Bueno?" Duda un instante y, en un arranque heroico, agrega: -"¡Ahí va el cuchillo!" Y, en efecto, mientras que en la mano izquierda mantiene la fuente, con la derecha extrae del bolsillo del smocking un cuchillo, que entrega a Doña Berenguela... para que corte el trozo de carne que acaba de servirse. Desolación de Kita cuando se entera de lo sucedido.

Escenas en el manantial de Mondariz. Contrastes entre la finura de Doña Berenguela y la ordinarietà de Doña Chucha. Roberto, por deseo de su tía, se va a Vigo a equiparse. Aparición de un nuevo personaje: el chauffeur de Doña Berenguela, en cuyo automóvil

va a realizar Roberto el viaje. Es un hombre de cuarenta y tantos años, buen mozo y de aspecto simpático. Breves momentos de carretera y de tiendas en Vigo.

Al regreso, el coche sufre una avería, no funciona la puesta en marcha. Entonces el chauffeur hace uso de la manivela para poner en marcha el motor.

Suenan las alegres notas de un chotis. El brazo del mecánico y la manivela, dando vueltas, se transforman en el brazo y el manubrio, de un organillero y un organillo, respectivamente, que tocan en los jardines del Balneario de Mondariz, donde se celebra la verbena del Carmen. Hay gran animación. Roberto, elegantemente vestido, pasea con Maruja por los jardines. Distintos detalles de la verbena. Escena aparte de Kita y Antonio: este, indignado por la diferencia de trato que reciben de su tía Roberto y él.

Repetición del fox de Villa Acuática. Final del número, cantado por Roberto y tocado al piano por Maruja. Pero como esta vez, en lugar de hacerlo por necesidad, lo hace Roberto por gusto, y como una gracia que rea-

lizan él y ella, hay al final una ^{gran} colecta benéfica. Roberto recoge cuatro o cinco mil pesetas, que entrega a Maruja en su totalidad. Mejor dicho, él se queda, como en Villa Acuática, con una peseta cuarenta céntimos. Esto da lugar a un pequeño flirt entre los dos jóvenes, cada vez un poco más solados. La escena no pasa inadvertida para Doña Berenguela, que se había hecho ciertas ilusiones con respecto a su sobrino. Mas Roberto, cuando se acerca de nuevo a ella, sabe camelarla; y hay un momento en que la señora se derrite escuchando a su sobrino.

Escena en que Kita intenta congraciarse con Doña Berenguela, ignorante de que es la novia de Antonio. Kita procura hacérsele lo más simpática posible. La adula, hablándola de su belleza, de su elegancia; incluso de su juventud. Y es ella la que, en un momento dado, sin darle importancia, habla de las relaciones ya formales de Maruja y Roberto. Indignación de la señora... que sigue indignada, en su propia habitación; pero ya no con Kita, sino con el propio Roberto, a quien comuni-

ca que ella se opone a tales relaciones.

Esta escena termina con un lloriqueo de la tía, que llama ingrato a su sobrino.

Roberto no ha renunciado al cariño de Maruja, a la que participa la oposición de Doña Berenguela. Los novios se ven de ocultas. Pero a Doña Chucha le ha impresionado la razón que da aquella para oponerse, basada en la diferencia de clases y ocultando el verdadero motivo. Y, aunque es, según sabemos, tacana, como le chifla emparentar con la aristocracia, comienza a querer apabullar con su dinero a Doña Berenguela. Encarga para ella y su sobrina los más ricos trajes de Vigo, compra un magnífico automóvil y reparte, pródigamente, propinas entre el personal del Balneario, que se deshace en adulaciones. En contraste también con la Doña Chucha de Villa Acuática, esta Doña Chucha de Mondariz ha mejorado notablemente del estómago y se encuentra muy bien. ¡Es maravilloso el cambio! Maruja se siente feliz.

Romería en torno de la ermita de
Concurrencia popular abigarrada. Escenas y grupos propios de romería. Entre los

concurrentes, Roberto y Maruja con Doña Chucha y otros agüistas. Mozos y mozas se divierten: cantos de pandeiro y bailes. De pronto, empieza a llover. Disolución de la romería; cada uno tira por su lado. Corriendo, corriendo, Maruja y Roberto, solos, se guarecen en un molino, donde se está celebrando una boda. Allí son muy bien acogidos. Presencian una munieira; participan en la comida de los paisanos; hablan con los novios, a quienes dice Roberto: --"Cuando esta y yo nos casemos, en recuerdo de la tarde de hoy, se bailará la ^{muni}~~muni~~eira en nuestra boda". Algún detalle típico de las bodas populares gallegas. Fuera llueve menos y los dos jóvenes se deciden a salir; pero, como aún llueve, el dueño del molino les dá un enorme paraguas, bajo el cual comienzan su regreso por la carretera. Para ir cobijados por el paraguas, Maruja y Roberto tienen que ir del brazo y muy cerca. Esta situación les sugiere el recuerdo del frívolo duetto de amor de la-ya conocida muestra, -epereta Bajo la lluvia, que comienzan a cantar mientras que caminan. Es la hora crepuscular. Por Poniente, un des-

garrón de las nubes deja ver un trozo de cielo, por el cual lanza sus rayos oblicuos el sol en su ocaso. Llueve menos. La carretera asciende hasta la cima de una breve loma. Al llegar a ella, los novios se detienen y, cara al sol, contemplan, -aún en pleno día,- el crepúsculo. El paraguas abierto queda inclinado hacia atrás. Un paisano, que viene en dirección contraria por la carretera, ve al principio sólo el paraguas; pero pronto advierte, proyectadas en su tela, las siluetas de los dos jóvenes cuyas caras se aproximan y cuyos labios se besan. Pero la lluvia aumenta, acompañada ahora de fuerte viento. Roberto y Maruja, deprisa, intentan recobrar el tiempo perdido; arrecia el temporal, y un ramalazo de viento vuelve el paraguas del revés. Echan entonces los dos a correr; pero es tanta la lluvia que cas que se refugian en la pequeña garita de un transformador de luz eléctrica. Al llegar, sacuden sus ropas, así como el pañuelo que Roberto se había puesto sobre su sombrero de fieltro, con la copa redonda hundida en el centro. Maruja mira su reloj de

pulsera, que marca las siete y media.

El mismo reloj... o, mejor dicho, otro reloj igual, colocado en la muñeca de Doña Chucha, y que ésta mira asustada, dentro del automóvil, que recorre varias carreteras inutilmente en busca de su sobrina. Llega el coche al Balneario. Doña Chucha pregunta a Kita si han llegado Maruja y Roberto. Ante la contestación negativa, parte de nuevo, desolada, en busca de la pareja.

En el interior de la garita, ya con poca luz, esperan Maruja y Roberto que cese de llover. La garita tiene en el techo una gotera; y, gota a gota, va cayendo el agua en el centro del sombrero del muchacho, que, poco a poco, va embalsando el líquido. Cuando por la carretera pasa un auto, gritan por las ventanas de los aisladores; pero nadie los oye ni atiende.

Kita, en el Balneario, cuenta lo que sucede a Doña Berenguela. Y esta, acompañada por la camarerita -que sigue adulándola,- decide salir también en su coche, en busca de su sobrino. Rápida visión de Antonio, que está desesperado, frotando y sacando brillo,

en el comedor, a unas bandejas de metal.

Un faro en una carretera. Maruja, ya de noche, aprovecha el momento en que el haz de luz enfoca la garita para mirar de nuevo en su reloj: las nueve y cinco. Sigue lloviendo. Pugna, sin embargo, Maruja por salir; pero la puerta, de madera, se ha hinchado y no puede abrirse. Distintos focos de coches por carreteras. Cuando Roberto ve un nuevo faro que se aproxima, saca una pistola y asomándola por una ventanilla, hace un disparo. -"¡Allí están!" Dice Doña Chucha, -toda congestionada,- al chauffeur. Este detiene el coche cerca de la garita, enfilando con el faro la puerta de ella. Roberto y Maruja dan gritos. El mecánico baja del auto, se acerca a la garita y,-no sin trabajo,- logra abrir la puerta. Doña Chucha, que ha descendido también, abraza a su sobrina que sale en primer lugar. Roberto aparece después, se inclina respetuosamente ante Doña Chucha y... vierte sobre ella toda el agua contenida en su sombrero. Susto e impresión de Doña Chucha. Gran indignación después por lo sucedido. Disculpas de él; amenazas de la señora,

mediación de Maruja... y al fin suben los tres en el automóvil.

En el Balneario, Doña Berenguela agradece a Kita la taza de tila que le ha hecho para calmar sus nervios. Al fin, llegan los novios con Doña Chucha. Esta mantiene ante Doña Berenguela su actitud de indignación: -"La honra de los Fernández, -clama,- está en entredicho. Y el honor de los Guzmanes tiene que resplandecer." -"Pero, ¿qué dice usted, señora?" -"Que si una señorita y un caballero han estado juntos en un espacio de tres cuartas de anchura, ese caballero tiene obligaciones ineludibles que cumplir." Esto es lo que mueve a Doña Berenguela a aceptar la boda de Roberto y Maruja.

Pero, ¿y el otro sobrino? Aquella noche durante la comida, Antonio sale al pequeño tablado en unión de Kita y bailan un número que ejecuta la orquestina.

El joven y elegante administrador, al verlos aparecer, corre indignado hacia el tablado, pero a medida que avanza y advierte la perfección de los ejecutantes y la complacencia del público, va frenando su marcha

hasta concluir paseando entre las mesas y pavoneándose como si fuese una atracción organizada por él. Cuando estalla la enorme ovación que premia el bailable, corresponde a los aplausos tanto como Kita y Antonio.

Este dice: -"El único mérito del baile es que la señorita Kita y yo se lo dedicamos a nuestra queridísima tía la señora condesa de la Alameda de Hércules. Y eso de "hércules" no va por mi primo Roberto que es un peso estilográfica."

Gran sensación. Doña Berenguela se desmaya de verdad.

-++++-

ACTO TERCERO.- Están escritas ambas palabras, -que se proyectan ahora sobre la pantalla,- en letras versales escritas a máquina. Entre los dos vocablos, aparece luego un punto; con lo cual se advierte enseguida, en cuanto el texto se amplía, que la palabra ACTO pertenece al final de un párrafo y la palabra TERCERO, tras de la cual surgen enseguida dos puntos, al principio de otro.

Corresponden ambos párrafos a una carta

a máquina dirigida por Doña Berenguela a sus sobrinos Roberto y Antonio, accediendo a la doble boda, siempre que ellos cumplan determinados requisitos, que enumera. PRIMERO:..... SEGUNDO:..... (Por ejemplo)... Y QUE HE DE SER YO LA MADRINA DEL ACTO. TERCERO:..... CUARTO:.....

En Madrid, Roberto y Antonio leen la carta con muestras de evidente satisfacción.

Escenas de los preparativos de boda. Maruja y Kita disponiendo sus equipos.

En la víspera de la boda, Doña Berenguela se confiesa a sus sobrinos. -"Os lleváis muchas ilusiones mías. Os habéis preocupado de vuestra felicidad y no os habéis fijado en mí". Ellos entonces, cómicamente, le ofrecen dejarlo todo por ella. -"¡Haberlo dicho, tía!" Pero Doña Berenguela ya no accede. -"Soy menos egoísta que vosotros". Y dá a cada uno un beso, en el que pone toda la efusión de sus anhelos frustrados.

El acto de la doble boda en una iglesia madrileña. Doña Berenguela, de madrina. Doña Chucha, en primera fila. Entre los invitados, buena parte de la Colonia de Mon-

dariz. Después, el lunch en los jardines de la iglesia.

Cuando Roberto cruzó el atrio de la iglesia del brazo de su tía ^{la} Condesa, entre los curiosos surge el señor gordo atacado de dolor de muelas, quien se empeña en que el novio le cante el fox maravilloso en tan "oportuno" momento. Roberto consigue deshacerse de él no sin trabajo.

Pero vuelve a atracarle a la salida, cuando va a tomar el coche, hasta que otro auto que pasa le engancha con una aleta, le da de bruces en el suelo y se queda sin un hueso en la boca.

Un pequeño plano, subrayado por el fox en fondo, conduciendo al señor gordo a la Casa de Socorro.

El gran automóvil de Doña Berenguela, conducido por Valeriano, el chauffeur que ya conocemos, espera en la puerta de una casa moderna. Por el portal de ella salen dos criados que acondicionan un equipaje en la traserera del coche. Bajan las dos parejas de nuevos esposos y, con ellas, Doña Berenguela. Esta se acondiciona a la derecha del chau-

ffeur. Maruja y Roberto, en el asiento posterior; y Kita y Antonio, en los asientos suplementarios del interior del coche. Kita lleva en la mano la jaula del grillo. -"¡Al Escorial!" El coche se pone en marcha. Al principio, conversación muy animada entre los cinco. Las dos parejas se muestran muy agradecidas a la tía, que les ha dado, para solemnizar la boda, un anticipo de la herencia.

Poco a poco, la conversación va languideciendo. Los recién casados cambian entre sí tiernas miradas, que derivan en besos furtivos. Doña Berenguela los ve por el visor del coche. Hay un momento en que intenta hacerse la disimulada; pero, al fin, no puede contenerse y dice: -"¡Pare usted, Valeriano!" El coche se detiene y Doña Berenguela obliga a sentarse detrás a Antonio y Kita y, en los asientos móviles, a Roberto y Maruja. Reanudan la marcha... y ocurre lo mismo que antes. Nueva detención y nuevo cambio de asientos, descabalando ahora las parejas; cosa también inútil, porque se arrullan en sentido paralelo a la carretera. Doña Berenguela nerviosísima. Cuando por tercera vez detie-

ne el coche y pone a los enamorados en el único orden no ensayado hasta entonces, las parejas se adoran en aspa. Menos mal que ya están en El Escorial, a la puerta de uno de cuyos hoteles deja la tía a sus empecatados sobrinos, volviéndose ella en el coche, inmediatamente, hacia Madrid.

En el hotel los novios obtienen habitaciones iguales en dos pisos distintos: precisamente un cuarto encima del otro. Entran en ellos, dejan las maletas, se quitan los abrigos, se lavan y bajan a comer los cuatro juntos.

Trozo de carretera. Un automóvil que avanza despacio. Doña Berenguela desahoga con Valeriano todas las ternuras de su alma y todo el nerviosismo de su cuerpo, dejándose besar por el chauffeur buen mozo.

Cuando, en El Escorial, vuelven las parejas a sus respectivos cuartos, se encuentra Antonio, -que ocupa la habitación del piso superior,- con la sorpresa de que Kita se dejó corriendome el agua del grifo del lavabo y está el suelo inundado. Sobre el agua flota la jaula del grillo, que está a punto de pe-

recer ahogado. Kita salva, antes que todo, al náufrago, mientras que Antonio llama a la camarera. Cuando esta acude, Kita, recordando sus tiempos de Balneario, la ayuda a recoger el agua.

En el cuarto del piso inferior, Roberto y Maruja se han desnudado y están ya en pyjamas ella se mete en la cama; él hace lo mismo y, en ese momento, dice: -"¡Qué frío hace, tía!" Maruja recuerda y comprende. Pone un cómico gesto de sorpresa y exclama: -"¡Ah, granuja!" Comienza entonces a caer del techo el agua que se filtró de la habitación de encima. Roberto sonríe; toma el paraguas, chiquito y mono, de Maruja, que dejaron colgado de una silla; y, sentados ambos en la cama y bajo este paraguas abierto, -como antaño en Galicia bajo el del molinero,- empiezan a cantar otra vez el duetto de Bajo la Lluvia, mientras que sus miradas se encuentran.

Rápida visión de Kita y Antonio bailando interrumpió el trozo del duetto.

Enmarca el cuadro la embocadura de un escenario de teatro; y, tras ella, descien- de un telón.

FRANCO MONTAÑO
Copista Teatral
MURCIA, 26, 1.º B
TEL. 77486
MADRID